



PREGÓN DE LAS GLORIAS DE MARÍA  
SEVILLA 1999

# **Pregón de las Glorias de la ciudad de Sevilla**

**En la Santa Iglesia Catedral  
el día 8 de mayo de 1999**

**Carlos Muñiz Romero S.J.**



CUANDO el Sr. Presidente del Consejo de Hermandades y Cofradías me invitó a tener este pregón, lo primero que me vino a la cabeza fue el recuerdo de un joven Santo belga, nacido hace ahora cuatro siglos exactos, en 1599, San Juan Berchmans, que murió en Roma a sus veintidós años, meses después de haber escrito en un papel, con sangre de sus venas, el voto de defender hasta la muerte la Inmaculada Concepción de María. Algo me hace pensar que ese voto heroico debió nacer del entusiasmo que le produjo la llegada a Roma de unos teólogos sevillanos. En la biografía del joven Santo, escrita por el P. Schoeters, belga como él, puede leerse esta frase: "En el año 1616, Sevilla, la ciudad española mariana por excelencia, mando tres embajadores a Roma para defender cerca del Papa el privilegio de María". O sea: que, en Roma y en Bélgica y en casi toda Europa, Sevilla era la campeona en la defensa de la Inmaculada Concepción. Por eso, sigo diciéndome a mí mismo: "¿Y quién eres tú para hablarle de la Virgen a los sevillanos? Eso es algo tan osado como explicarle a Velázquez la disposición espacial de un cuadro, o a Curro Puya los tiempos de la verónica, cuando el gran pintor sevillano, si algo pintaba como nadie, era el espacio, y Curro Puya, más que marcar los tiempos, lo que hacía era detener el tiempo, eternizando cada lance.

Sevilla y las glorias de María forman una unidad, no sólo por aquel entusiasmo con que nuestra ciudad se implicó en defensa de la Inmaculada Concepción, sino porque, día a día, corazón a corazón, Sevilla sigue palpitando con esta devoción que le ha ganado el justo título de "tierra de María Santísima". Y en ciertas fechas puntuales -novenas y fiestas de la Inmaculada y de la Virgen de los Reyes, procesiones de penitencia y de gloria, besamanos y otros actos devocionales-, Sevilla acuña todos los años, desde hace siglos, una especie de medalla conmemorativa con la que nos recuerda el gran kairós, el más grande acontecimiento de la historia de la Humanidad. Me refiero al acontecimiento de lo que llamamos el misterio pascual, o sea, la ida de Jesús al Padre a través de su muerte y de su resurrección.

Sevilla, tan atenta siempre a los rumores de lo que pasa, a los ecos de las historias que le atañen, le da vueltas a este acontecimiento, interiorizándolo en su corazón. No sólo se vuelve contemplativa de la tragedia, sino también de la gloria. Porque, como nos advertía San Pablo, "si Cristo no ha resucitado, baldía es vuestra



fe; todavía estáis en vuestros pecados". Y es que no puede partirse en dos el misterio pascual; no pueden separarse la muerte y la resurrección de Jesús, como si fueran dos partes deslindables en lo que fue un acto único. Sevilla lo ha captado a la luz de la fe o por esa intuición suya tanfemenina y sabia. En la moneda que cada primavera acuña para hacerse eco del gran acontecimiento, quiere que se hable de la cruz y de las glorias.

Quiero decir que, para mí, este pregón que estamos teniendo esta tarde, es la otra cara de la moneda con la que Sevilla conmemora ese misterio. El pregón de Semana Santa sería la cruz, y el de las glorias la cara; pero la moneda sevillana viene siendo una y la misma, a pesar de las variantes embellecedoras y creativas con que vamos actualizando los altares y los pasos, para conmemorar y celebrar el verdadero paso, el de Jesús al Padre, del cual nuestras procesiones de penitencia y gloria son un símbolo perfecto y una concreción exquisita de nuestra cultura andaluza. Por eso, sería injusto ponerse a pregonar la Semana Santa o las Glorias, sin empezar haciéndole un homenaje a ese pueblo andaluz y a esta sevillanía que ustedes, aquí, esta tarde, tan dignamente representan. Ese pueblo andaluz es el que lleva sobre sus hombros, y a la manera sevillana, los pasos procesionales en que se conmemora este Misterio.

Elregonero, en mi opinión, es sólo como un patero, que, en la esquinita del paso, marcha a oscuras y, a veces, se desvía de su camino. Entonces el capataz tiene que enderezarle el rumbo; pero, eso sí, sevillanamente. Con la exquisita delicadeza del pueblo de esta tierra, se limita a decir: "llamada corta", "llamada larga", "llámate". Ojalá que, esta tarde, cada uno de nosotros, pobres pecadores, fuéramos capaces de oír, de los labios purísimos de María, su exquisita y maternal invitación para corregir nuestro desvío: "¡Llámate!". Porque Ella es la capataza de este paso y hemos de estar atentos a su voz. A su voz y a su mirada. ¿No habéis reparado en lo dulcemente que nos mira esta Virgen de la Esperanza, la Divina Enfermera? ¿No hemos de mirar también nosotros a los demás con esa misma ternura, con tan profunda esperanza? Para ello, hay que empezar por mirar a María fijamente, filialmente, como miramos los sevillanos a la Virgen de los Reyes la mañanita de agosto. Ésa es la actitud que les pedía a los cristianos uno de los más grandes poetas de este siglo, el alemán Reiner María Rilke, cuando escribió, hace ya muchos años, este breve y hondísimo poema a la asunción de Nuestra Señora:

*Lo mismo que nosotros, en la noche,  
escuchamos en silencio el fluir de las fuentes,  
así estás tú, ascendente,*



*solitaria ante nuestros ojos.*

*La larga mirada mía  
quiere enhebrarse en ti,  
como en el ojo de una aguja,  
antes de que te sustraigas a lo visible  
para que tires de ella,  
mientras sales, toda blanca,  
a través del azul purísimo del cielo.*

Estos versos del gran poeta alemán, que admiraba a Andalucía y especialmente a Ronda, pueden resumir nuestra actitud a la hora de proclamar las glorias de María y a la hora de contemplarlas cuando las procesionamos por las calles de Sevilla, adentrándonos en el Misterio.

Toda gloria es misteriosa. Y hablar de las glorias marianas de Sevilla, es hablar de dos misterios: el misterio de María y el misterio de una tierra que se califica a sí misma como "tierra de María Santísima". Por eso, ante lo inabarcable de ese doble misterio sobre el que me propongo meditar, quisiera que, esta noche, como cuando el poeta Rilke escuchaba en silencio el fluir de las fuentes, desovilláramos nuestra mirada y la enhebráramos en María, para que Ella, mientras asciende hacia el azul glorioso, tire, como de un hilo, del hondo y escaso venaje del río de nuestras vidas y lo conduzca a las anchuras de la mar, ese Mar infinito con el que nuestro paisano Antonio Machado simbolizaba a Dios.

Quiera Nuestra Señora de la Esperanza, la Divina Enfermera que preside este acto, darles paz y esperanza a nuestros corazones, enfermos por las prisas de una sociedad acelerada, que, al olvidar lo mucho bueno que nos legaron los que fueron por delante de nosotros y al quedarse sin esperanzas en el porvenir, ha perdido el sentido del pasado y el futuro, el sentido de la Historia, y se refugia en un empobrecido y empobrecedor "culto al presente". Nuestra Señora de la Esperanza ha venido en procesión, caminando hacia la catedral, caminando con su pueblo, este pueblo de Sevilla que reza andando, caminando, porque, en definitiva, en la Biblia y en nuestro modo andaluz de entender la religiosidad, todo es éxodo, camino, liberación en marcha. O sea, esperanza de futuro. Quizá por eso, en estos tiempos en que nos cerca una epidemia, la de dejar de soñar en el futuro, haya querido acercarse, caminando hasta nosotros, esta Divina Enfermera, para ofrecernos, como medicina, esa esperanza que pregona con su bendito nombre.



Esperanza en Dios y esperanza en la vida. Virtud de la esperanza, sin la que resulta difícil, por no decir imposible, vivir las otras dos virtudes teologales: la fe y el amor cristianos, como dijo Charles Péguy en un profundo poema:

*En la cuesta arriba, arenosa, dura,  
en el camino ascendente, arrastrada,  
asida al brazo de sus dos hermanas mayores,  
que la conducen, avanza la esperanza.*

*Y, entre ellas, aparenta dejarse arrastrar,  
cuando, en realidad,  
es ella la que hace avanzar a las otras dos,  
la que tira de ellas,  
y la que hace avanzar a todo el mundo,  
la que arrastra...*

*¡Oh singular virtud de la esperanza,  
singular misterio!  
No es una virtud como las otras,  
va a contrapelo de todas las demás.*

*Por decirlo de algún modo, se adhiere a las otras  
y se enfrenta a ellas,  
a todas las virtudes  
a todos los misterios.*

Como dijo este gran poeta francés, "avanza la esperanza", "hace avanzar a todo el mundo". Y este avanzar hacia adelante, con la querencia del Misterio, es lo que necesitamos los hombres de esta hora, instalados cómodamente en un fofu vivir sin esperanzas. Dicen los teóricos de la posmodernidad que hoy se vive de un "culto al presente", sin sentido de la Historia, sin interés por el pasado ni sueños de futuro. ¿Será Sevilla capaz de salir de esta trampa que nos tiende la posmodernidad, de modo que recuperemos su amor a la tradición y perdamos los miedos al futuro?

Sólo un pasado y un futuro que alienten y hagan más vivo y hondo el presente, darán sentido a nuestra vida. Y en esto, tiene una palabra que decir Sevilla, que ha sido siempre especialista en romper los límites del tiempo. Esta ciudad mezcla los tiempos con toda naturalidad, urge en cada época y pasa la



espumadera por los hervores de la Historia, y se trae lo mejor de cada momento para reencarnarlo en el presente. Si Penélope tejía y destejía, Sevilla teje con hilos de distintas épocas. Si hay una ciudad que se descoloque del tiempo, ésa es Sevilla. No se sale del tiempo, sino que lo toma entre sus manos extendidas, la del pasado y la del futuro, como quien extiende una madeja y tira del hilo de lana que va de una mano a otra y lo va ovillando en el presente. No en balde, en el escudo de la ciudad pusieron una madeja, y, en los restos del viejo acueducto de la calle Luis Montoto, hay colocada una Virgen de las Madejas. No en balde, como se ve en esa misma calle y barrio, esta ciudad es capaz de poblar sus naranjos y limoneros con blancos azahares durante la Semana Santa, y de reservar, para las procesiones de gloria, las flores moradas de las jacarandas. Sevilla juega con el tiempo, mezclándolo, desenmarañándolo y ovillándolo contantemente, dándole forma exacta y redondez. El tiempo en Sevilla es ovillo y es también "ovillejo", esa vieja estrofa, que tanto gustaba a los poetas clásicos españoles, en la que cada pareado rima consigo mismo, como cada época rima con sus propios modos, pero que, luego, a la hora de la copla final, recoge, en un último octosílabo, el acarreo de los tres versos cortos. Pasado, presente y futuro, acaban formando un solo verso, un sólo ritmo.

*En todo tiempo, el aljibe  
vive,  
con rezumes y con fe,  
lo que fue  
del agua que viene y va,  
y será.*

*Y siempre rezumará  
en el alma de mi gente.  
Sevilla, en cada presente,  
vive lo que fue y será.*

Y es que esta ciudad misteliosa, mezcla el khronos (que es el concepto griego del tiempo, que siempre retoma, como el calendario), y el kairós (el "acontecimiento" que rompe la Historia y la concentra en un punto clave y decisivo). La fe de Sevilla se mueve en esa línea, entre el círculo de un pasado retornante y un vector hacia adelante, entre la memoria y la esperanza. Las procesiones sevillanas no sólo son un conmemorar lo que pasó; son también andar, alegre y esperanzadamente, hacia el futuro. Hacer que avance la esperanza



es la honrosa obligación que nos echamos sobre los hombros, como las andas de un paso o las trabajaderas, los cristianos de por aquí, si es que queremos tomamos en serio nuestra devoción a esta Virgen sevillana que hoy nos preside, y a tantas otras Vírgenes andaluzas que tienen la hermosísima advocación de la Esperanza. Necesitamos recordar que venimos de siglos atrás y que vamos hacia el final de la Historia. Para simbolizarlo, nos echamos a andar, a rezar andando, de la mano de María, símbolo de la Iglesia, símbolo de este Pueblo de Dios que, como decía el Concilio Vaticano II, citando a San Agustín, "va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que Él venga".

Hasta los niños sevillanos se echan a la calle, en este mes de mayo, para procesionar sus cruces. Saben que lo nuestro es la procesión. Sea una procesión de penitencia o una procesión de gloria (¿y qué más da? ¡lo que importa es caminar!) Ahí, en la procesión, nos encontramos los andaluces con lo sagrado. Con lo sagrado de Dios y lo sagrado de la vida.

Hace años, en un libro mío sobre la fenomenología de las maneras sevillanas, escribí que la liturgia de esta tierra es una liturgia peripatética, caminante, porque los sevillanos rezan y contemplan caminando: Así entran en su interior para encontrarse con lo sagrado del Misterio de Dios, pero sin perder de vista la realidad por la que van pasando. "Se diría que el recogimiento no significa, para el sevillano, un enclaustrarse en sí mismo, un tantear los propios sótanos. Es más bien un recogerlo todo, mundo y Dios, con el mismo mimo con que se coge el algodón, sin vareos ni zamarreas, y a esa media distancia del más que amigos y menos que compadres, sevillanizando casi por ósmosis lo fraternal y lo paterno, el milagro de las cosas, la trascendencia de lo intrascendente, la vida de la vida".

La actitud procesional del sevillano me recuerda aquella antigua estrofa poética que cité hace unos instantes, el "ovillejo", verso largo-verso corto, verso largo-verso corto, verso largo-verso corto, y luego la copla final, cuyo último verso, como dije antes, es un octosílabo que recoge y empalma los tres versos cortos y da el sentido de la estrofa. Permítaseme citar, como ejemplo, algunos de los ovillejos que, hace años, a poco de quemarse la imagen de Nuestra Señora del Patrocinio, escribí para mi libro "Cachorro muerto". Dicen así:

*Vino Dios a una doncella,  
y Ella,  
lo que el ángel le anunció  
vivió,*





*cierta, con sólo el por qué  
de su fe.*

*Si lo cavilo, ya sé  
dónde está la diferencia:  
yo vivo de mi prudencia  
y Ella vivió de su fe.*

*Un pesebre en la espelunca,  
y nunca,  
a limonero y a pan  
fue tan  
nuevo el olor de la aurora  
señora.  
Y ahora que llegó la hora  
de la cruz, estuvo al lado.  
Madre fue de ajusticiado  
y nunca fue tan señora.*

*En tamañas apreturas,  
a oscuras,  
valiente y firme la planta  
santa,  
testigo de la agonía,  
María.  
Serena y pura armonía,  
sin arcángel emisario,  
a Dios le acepta el Calvario  
a oscuras Santa María.*

*Rondan látigo y acero,  
pero  
ningún hueso se quebró.  
Rompió  
únicamente un soldado  
su costado.  
Y tú, Madre, has contemplado  
cómo este Dios de esperanza  
pudo romper una lanza  
pero rompió su costado.*



(..)

*Olvidas ajuar y llaves.  
Sabes  
cruzar el Guadalquivir,  
seguir  
por si alguien pide cobijo  
a tu Hijo.  
Aldeana sin alijo  
ni jornal, viuda de obrero,  
¡con qué garbo trianero  
sabes seguir a tu Hijo!*

Si me he atrevido a citar estos ovillejos, no ha sido sólo para aludir al garbo, trianero o sevillano, al garbo espiritual con el que los devotos de las procesiones de penitencia o gloria saben seguir a su Hijo, saben caminar, como Ella, tras las huellas de Jesús; sino también como estrofa-símbolo de ese ir y venir del sevillano en procesión, recogiendo la vida de alrededor mientras pasa rezando por las calles.

Hace tiempo, escribí que "el sevillano ha encontrado una manera peculiar de recogimiento. No se cierra sobre sí mismo, ni se lanza al cielo, ni se esfuerza en dar de alma, ni se proyecta al horizonte. Se pasea simplemente y observa lo menudo como los ángeles de Belén, entre la gloria y los pastores. Ha hecho de sus Cristos y de sus Vírgenes algo familiar: una especie de cercanía metafísica, que rezuma hasta su casa, su sangre, su puchero. El ideal del sevillano sería que Dios se le presentara un día en la feria, y no para sentarse con él en una mesa y charlar, sino para darse una vuelta en silencio, fijándose en la gente, o hablando de los pequeños detalles curiosos, de los milagros de cada día. Por eso, les gusta la procesión. Por eso rezan y contemplan andando, dejan ir su mirada (aun cuando vayan tras el antifaz, vestidos de nazarenos) por las manos de los niños que piden gotas de cera, por las manos de las Vírgenes, por la mano del capataz que golpea el llamador para que el paso se levante. Si el refrán oriental dice que cuando un dedo señala la luna, sólo el imbécil mira el dedo, el sevillano debe ser ese imbécil, porque, con un gusto que le alabo, se siente más interesado por el gesto de una mano que por las fases de la luna".

"La mirada itinerante, procesional, por lo concreto, es su vivencia religiosa, su vivencia metafísica", escribía yo entonces, y en ello me ratifico; sobre todo, después de verles tanta devoción andariega, lo mismo en procesiones de gloria que en



procesiones de penitencia. En todas ellas, lo que se procesiona es el Mistelio con mayúsculas, el Misterio Pascual, la ida de Jesús al Padre, la muerte y resurrección del Señor. Variarán las imágenes, los pasos, los misterios, los detalles; pero lo que se proclama, sea en una procesión de Semana Santa o en una procesión de gloria, es siempre lo mismo: el amor generoso y gratuito de Dios, y el tirón que nos provoca esta actitud de un Dios caminante, de un Jesús que se calificó a Sí mismo como camino. Como Camino, Verdad y Vida.

A nosotros que no nos quite nadie nuestro instinto de rezar andando. Que no nos frene nadie, porque somos un pueblo en marcha, que va siguiendo el camino de Jesús, para incorporarnos a su ida al Padre. Y en esto, como en todo, tenemos como guía y modelo a la Virgen, nuestra Señora.

No deja de ser curioso que, en el capítulo primero del evangelio de San Lucas, María aparezca poniéndose en camino hacia la montaña de Judá para visitar a su prima Santa Isabel. Cualquier experto en Nuevo Testamento sabe que el evangelio de San Lucas tiene una estructura literaria ascendente. En el magnífico montaje literario de este evangelista, Jesús siempre aparece caminando hacia Jerusalén, hacia el monte Sión, hacia el Calvario y, finalmente, hacia el monte de los Olivos, desde donde asciende al cielo. Pero ya, en el primer capítulo, San Lucas ve a María poniéndose en camino hacia la montaña de Judá. Está encinta, lleva a Jesús en sus entrañas. Por primera vez en el mundo, unos pies humanos le llevan a Cristo a alguien, y ésta es la tarea del Pueblo de Dios. Esta María caminante es un símbolo de la Iglesia. Y lo será también al pie de la cruz, en el Calvario, adonde llegará con el corazón destrozado, en pura obediencia de la fe. Luego, tras su paso por esta vida, siguió caminando hacia las alturas, para, con su ascunción a los cielos, tomar posesión, en nombre de la Iglesia, de esa herencia de gloria y liberación que Jesús ganó para nosotros.

El camino de María es el mismo camino de Jesús y es el camino del Pueblo de Dios; porque María, como dice el Concilio, es el símbolo de la Iglesia. La Santísima Virgen aparece en los evangelios como buena andariega. Camina desde Nazaret a la montaña de Judá, a casa de su prima Isabel; de Nazaret a Belén para inscribirse en el censo; de Palestina a Egipto; de Egipto a Galilea, una vez muerto Herodes; de Nazaret al templo de Jerusalén, donde encuentra a su Hijo dialogando con los doctores, y de allí a Nazaret para seguir su vida de viuda de un carpintero pobre; desde Nazaret, hasta aquel pueblo en el que Jesús estaba diciendo cosas tan valientes que lo tomaban por loco; y, una vez comprobado que su Hijo seguía bueno y sano, vuelta otra vez de María a Nazaret, andando, caminando, procesionando, hasta llegar, un Viernes glorioso y trágico, al pie de la cruz de Cristo,



y, semanas después, al cenáculo, donde compartía con los apóstoles la alegría de la resurrección y rezaba con ellos a la espera de Pentecostés. ¿Cuántas llagas dejarían, en los pies descalzos y benditos de Nuestra Señora, tantos peregrinajes, tanta procesión por los caminos y las trochas de Palestina? ¿Cuánta sangre derramarían, santificando la tierra que Ella pisaba al caminar?

María siempre está en procesión, como el Pueblo cristiano al que Ella simboliza, porque en procesión de éxodos y exilios anduvieron siempre el pueblo de Israel y el pueblo cristiano, a los que Ella representa. Y, a este propósito, me parece oportuno recordar lo que decía Nottker Füglistler: que, en las relaciones con Dios, el pueblo santo del Antiguo Testamento se sentía propiedad de Dios, aliado de Dios y santuario de Dios. Y eso es lo que, por nuestras calles sevillanas y en sus capillas, pregonan nuestras Hermandades de Gloria, que se sienten hijas del pueblo santo de Dios. Y lo pregonan reiteradamente y en distintas fechas, desde mayo a diciembre. ¿Saben, por casualidad, muchos sevillanos que el número de Hermandades de Gloria es prácticamente el mismo que el de Hermandades de Penitencia? ¿Conocen las maravillosas imágenes que poseen muchas de esas Hermandades de Gloria?

¿Y qué significa eso de ser propiedad de Dios, aliado de Dios y santuario de Dios? ¿No lo sabemos? ¿No lo están proclamando continuamente nuestras Hermandades de Gloria? ¿No se sienten propiedad de Dios las Hermandades que llevan a María con nombres de cosas tan creadas por el corazón de Dios, como el rocío, cinco hermandades que hacen el camino con su Madre y hasta su Madre, caminos dolorosos y gozosos, que arrancan de Triana, del Salvador, de la Macarena, de Sevilla Sur, del Cerro del Águila, caminos por los campos que Dios ha creado, y que son suyos y en los que Dios, como diría San Ignacio, "está sensando, vegetando, dando el ser", en los pinares, las dunas, los caballos y los bueyes, en la alegría festiva y también en el recuerdo de los que ya no están entre nosotros, y en los rezos y las hermosas letras de unas sevillanas rocieras que les van saliendo de lo más hondo del alma? ¿No hablan de la montaña y del mar, del monte Calmelo y de los arriesgados marineros, esas hermandades del Carmen de Santa Catalina, San Gil, la capilla de Calatrava y la parroquia de San Leandro, o la de Nuestra Señora de la Sierra o la de las Nieves? ¿No son propiedad de Dios los sencillos rebaños que guían y cuidan los pastores, como nos está diciendo la Divina Pastora, con la sencillez franciscana de San Antonio o con la seriedad evangélica de quien nos habla del pastoreo de las Almas allá en Triana, en la misma parroquia de Santa Ana donde tuve el honor de predicar, hace ya muchos años, el septenario de la Madre de Dios a capataces y costaleros? Al fin y al cabo, fue una Hermandad sevillana la que, en la parroquia de san Gil, inventó esa preciosa advocación y ofreció a la Iglesia universal esta hermosa metáfora de la Divina Pastora siempre dispuesta a



conducirnos hasta el cielo. Tal vez por ello, fue esta misma Hermandad la primera en hacer el voto de defender el dogma de la Asunción de Nuestra Señora. Y ahora podemos seguir preguntándonos: ¿No pertenecen a Dios tanto los Reyes como los sastres? ¿No hace Dios nacer en nuestros campos cada Juncal y cada Hiniesta o retama con la que antiguamente se encendían los hornos del pan nuestro de cada día y que, este año, encenderá el corazón de los sevillanos con el recuerdo de la coronación de su bendita imagen? ¿No son de Dios la Luz y el Sol? ¿No está en manos de Dios nuestra Salud?

¿Y no se siente aliado de Dios un pueblo que confía a la Divina Enfermera esa salud, a Santa María de la Salud, y a Santa Lucía la de sus ojos, y busca, con San Antonio, algo que hemos perdido u olvidado en Torreblanca? Este pueblo sevillano aguarda Mercedes y Amparo, porque se encuentra con muchos Desamparados de este mundo y sabe bien que María es siempre Auxiliadora. Por eso, se llena de Alegría por las calles del viejo barrio de San Bartolomé y contempla la deliciosa escena evangélica de la Anunciación, donde a María se le dice "alégrate". Con esa escena, empieza a meditar los cinco misterios del Santo Rosario, según se viene el barrio León y el Arenal hasta la Macarena y la parroquia de Omnium Sanctorum, un rosario que empieza a recitarse desde la madrugada de los Humeros, junto al río, en una Hermandad antigua, resucitada hace unos años por un grupo de jóvenes, que así cumplían con la vocación paradójica de esta Sevilla, siempre dispuesta a mezclar el pasado con el futuro, jugando con el tiempo, como en las caras juveniles de la Vírgenes Dolorosas, que están acompañando la muerte de Jesús sin que parezca que han pasado por ellas los treinta y tantos años que separaban de Belén. (Y, ya que hablamos de Belén, ¿cómo olvidar que, en nuestras procesiones de gloria, también se hace presente otro aliado de Dios, San José, el obrero que tan buen ejemplo dio de ser fiel a su alianza con Dios y a la alianza matrimonial con su bendita esposa?)

Finalmente, la Iglesia es santuario de Dios. Santuario supremo es el Corazón de Jesús, que da vida y nombre a una cofradía de gloria. Santuario es el Inmaculado Corazón de María. De eso hablan también las Hermandades que han incorporado los nombres de santuarios famosos de otras tierras: Guadalupe, Valvanera, Recamador, Pilar, La Cabeza, Valme, Candelaria...

Porque en el corazón de María caben todos los cristianos del Universo, como pregona esa Reina de Todos los Santos en la calle Feria. Y nuestro corazón ha de ser, como el de Ella, un templo en el que quepan, no sólo los cristianos, sino todos los hombres del mundo, especialmente los más pobres y marginados, los de nuestros barrios y los de cualquier país, los niños esqueléticos por la hambruna



africana, los niños prostituidos del Tercer Mundo, los ancianos abandonados, los enfermos sin medicinas, los pueblos sin cultura, los pueblos exiliados a la fuerza como esos albanos-kosovares que vemos atravesar las montañas heladas en la más impresionante procesión que hemos presenciado este año y que me ha hecho recordar los pies sangrantes de María Santísima, exiliada a Egipto, siempre caminante por los senderos de tan dura geografía.

Nuestro corazón, templo de Dios, ha de estar abierto para todos ellos. Ha de ser un santuario maternal, donde se recojan los hijos de Dios que necesitan calor de hogar, pan, esperanza. Ha de ser un santuario de generosidad, de humildad, sencillez y pureza de corazón, como el de la sevillanísima y deliciosa imagen de la Pura y Limpia, ante la que se arrodillara el Papa cuando el Congreso Eucarístico, la Virgencita del Postigo del Aceite, ésa que entendería mejor que nadie lo que significaban, hace ahora un mes, los últimos latidos de un hermano costalero, que iba siguiendo, como María, a golpes de corazón, los caminos de Jesús.

Si así fue el caminar de María, símbolo y modelo del Pueblo Santo de Dios, así ha de ser nuestro camino. Por eso, a nosotros no va a frenarnos nadie. No se trata sólo de conservar con nuestras procesiones una herencia cultural, sino una herencia cultural, una herencia evangélica que nos dejó nuestra Santísima Madre, la Virgen María. Hay algo enormemente profundo y teológico en ese entender el culto a Dios como peregrinación, como éxodo, como camino. ¿No dijo Jesús que Él era camino? ¿No le llamamos a María, en las letanías, "Foederis Arca", arca de la Alianza, como la que portaba el pueblo de Israel, cuando caminaba desde la servidumbre al servicio, buscando la liberación, la tierra prometida por Dios?

Mi pregón intenta ser un canto a las procesiones, en cuanto que son el símbolo de ese caminar incansable del Pueblo de Dios. Y he dicho y repetido que da igual que sea una procesión de gloria o una procesión de penitencia. A la hora de celebrar el misterio del Amor, no podemos separar la pasión de la gloria. Por eso, no debe extrañar que entre las Hermandades de Gloria haya algunas imágenes de Vírgenes dolorosas, y que algunas Hermandades hayan sido, a lo largo de su historia, unas veces de Gloria y otras de Penitencia.

Siempre el símbolo es el mismo: un pueblo que camina, como caminó Jesús, como caminó María Santísima. Así lo expresan, procesionando, las Hermandades de este sur de España, y bien que lo entenderá quien haya tenido, como lo he tenido yo, el privilegio de haber vivido en seis provincias andaluzas, y pueda recordar, por ejemplo, la procesión de la granadina Virgen de las Angustias, o la de la cordobesa Virgen de los Dolores, o el peregrinar durante varias jornadas al Rocío,



haciendo el camino, o a la romería serrana de la Virgen de la Cabeza, y, de un modo especial, esa enorme masa de fieles que siguen el trono del Cautivo cada lunes santo malagueño desde su barrio de la Trinidad, unos pocos nazarenos delante de la imagen del Señor, y, detrás del trono, miles y miles de personas sencillas, unas descalzas, otras con los ojos tapados, todas con el corazón arriba desde el traslado para la misa a las siete de la mañana, todas en manifestación por la tarde y la noche, pueblo andaluz en marcha, corazón y símbolo de un pueblo de Dios peregrinante por la Historia. Todas y cada una de las procesiones que, a lo largo y a lo ancho de Andalucía, se hacen "ala manera sevillana", siguen ritualmente este camino simbólico: primero, el Cristo doliente en su paso de misterio, con su dolor, su tragedia de inocente condenado a muerte por su denuncia valiente de un orden social establecido sobre el dinero, los honores y el poder...y, detrás, en un rico y barroco paso de palio, que, a lo mejor, se mece y hasta se baila al son de unas marchas musicales, Ella, María, Ella, la esclava y Señora, el símbolo de un pueblo que camina con Ella, paradoja evangélica de Luz y de Tiniebla, Tragedia y Gloria, Muerte y Resurrección, todo hecho uno, como en el relato de la Pasión que hace el evangelio de San Juan.

Porque, como he dicho alguna vez, la Semana Santa de Sevilla podría anunciarse como "la Pasión según San Juan". En el evangelio de San Marcos, se palpa la tragedia, la humillación, la soledad de Jesús. En la pasión según San Juan, sin ocultar la tragedia, Cristo va triunfando. Por eso, cuando algún visitante que ve nuestra semana Santa me dice que le extraña la música y el baile de ciertos pasos de Virgen, yo le digo que lo siento, pero que así es la pasión según san Juan, el evangelio de Sevilla, vivencia y escenificación de una muerte gloriosa, en la que se mezclan el dolor y la alegría, el desprecio con que tratan a Jesús y la certeza de que Jesús, al ser alzado en la cruz, está atrayendo a todos hacia sí, un sentimiento de tragedia irremediable y de una luz que nos anuncia el remedio, el horizonte de liberación. La iglesia de Sevilla sabe, como San Juan, gozar en medio de la tragedia. Es una iglesia dolida y esperanzada, como la mirada de tantas imágenes de Nuestra Señora o esa expresión de gozo contenido que asoma a la cara de la Macarena. Gozo que, meses después, se desborda plenamente en nuestras procesiones de Gloria.

Y aquí tenemos otra de las paradojas sevillanas. Esas procesiones de Gloria, tan cuidadosas de la estética como las procesiones de Semana Santa, optan, sin embargo, por un estilo más sencillo, menos clamoroso. Parecería que, a la hora del gozo, en la celebración de la alegría total sin sombras de tragedia, tendrían que exacerbarse las riquezas del barroco sevillano, la exhibición de joyas y poderío, el clamor de las luces y el ringorrango, la toma de la carrera oficial y de la catedral y de las calles principales de la ciudad, la universalización del júbilo.



Paradójicamente, y yo diría que evangélicamente, la Hermandades de Gloria optan por algo muy del estilo sevillano: la sencillez, la contención del sentimiento de gozo, que se vive alma adentro, íntimamente, como si Sevilla pensara que las mayores alegrías no son para pregonarlas a voz en grito, sino para paladearlas en la intimidad de cada capilla o cada barrio, en lo más oculto y personal de cada lágrima de gozo emocionado, en el encuentro con las personas más cercanas, las que aún viven junto a nosotros y las que ya no están entre nosotros, pero nos entregaron esa misma devoción religiosa, que era la suya y que legaron con esa sencillez con la que alguna persona muy querida, antes de su muerte, fuera de las oficialidades de un testamento, te deja una joya familiar, que, a lo mejor, deslía del mismo antiguo pañuelo en que a ella se lo habían entregado previamente.

Y es que las hermandades de Gloria son un ejemplo de sencillez, de aire familiar, casi de "iglesia doméstica" o miniatura exquisita. Porque miniaturas exquisitas del gozo más grande de todos los gozos, son estas evangélicas, castizas y entrañables Hermandades de Gloria, para gloria de María y para gloria de Sevilla. Quizás ellas tengan encomendada de un modo especial la tarea de hacernos caer en la cuenta del canto de Magníficat, donde María, tras proclamar las grandezas y la gloria del Señor, expresa, así, en familia, su desbordante alegría porque Dios se haya fijado en la "insignificancia" de su Esclava. Y advierto que me he permitido traducir lo que María dice sobre la humildad o humillación de su Esclava, con la palabra insignificancia, en el sentido de no llamar la atención, de no querer significarse. Porque esta bendita Madre nuestra desborda de gozo, pero no pierde la sencillez aquella del Siervo de Yahveh, que no clamaba a grandes voces su ofrecimiento de salvación, ni apagaba la mecha que estaba a punto de extinguirse.

Y llegamos a la cumbre de estas paradojas sevillanas. Resulta que la primera de sus procesiones marianas, la de la Santísima Virgen de los Reyes, que debía de ser la manifestación más clamorosa, la celebración más extensa y triunfal del amor de una ciudad por su Patrona, se hace cortejo breve y mañanero, una especie de saludo de quien maternalmente te averigua los silencios, de quien tiene la costumbre del amor cotidiano. Así camina, humildemente, Ella, la Reina de los Reyes, como con la sencillez de quien, al levantarse por la mañana, da una vuelta alrededor de la casa y compra el pan y riega las macetas y la acera, y vuelve a recogerse para prepararles a los suyos el desayuno, encender la candela y abrir la puerta de par en par para que entren el sol y el aire, y se sientan los suyos en su casa, en esta casa que, como su corazón, ha de ser casa de todos. Especialmente, de los más sufridos, de los más desamparados. El corazón de María tiene mucho de Cireneo, de cercanía y ayuda a los derribados por el peso de la cruz. Sería terrible que nuestras procesiones se quedaran sólo en una metáfora del camino de Jesús, en pura expresión de una cultura y una estética. Para un cristiano, no hay estética





sin ética, Y la ética cristiana nos exige que sepamos ser cireneos de los que sufren, de los pobres y marginados de todo el mundo, tratando de evitar que nuestros hermanos caigan en su viacrucis por la vida. Hay que ensanchar nuestro corazón a las dimensiones del mundo. Sólo así entenderemos de verdad lo que sentía el corazón de María Santísima y la solidaridad en el camino que simbolizamos con nuestras procesiones.

En ese corazón de la Virgen de los Reyes, y de todas y cada una de las advocaciones con que celebran a Nuestra Señora las Hermandades de Gloria, se concentran los latidos de los cielos y la tierra, los millones y millones de años de evolución y vida desplegándose hasta llegar a estos instantes únicos en que nuestras miradas se concentran en las hermosísimas imágenes que nos aguardan en sus altares o pasean por las calles de nuestros barrios, y sentimos la emoción de sabemos acogidos y queridos personalmente, uno por uno, como si misteriosamente se nos comunicara en silencio algún secreto que se queda entre la Madre y cada uno de sus hijos, algo sólo dicho con la mirada, sin palabras, algo tan íntimo y hondo como esas tres peticiones silenciosas que cada sevillano le hace a la Virgen de los Reyes en la mañanita de su gloria, la de su Asunción gloriosa, cuando todo se hace procesión, camino andaluz hacia las alturas, camino que recuerda aquel cuento oriental de una estatua de sal que deseaba conocer el mar, y se puso en camino y llegó a la orilla y se fue metiendo en el agua hasta disolverse totalmente en ella. Se deshizo, sí; pero con la alegría de haber vuelto a sus Oligenes, al "mar amado", al "mar apetecido", según decía Manuel Machado; al Mar infinito, que, para Antonio Machado, es el símbolo de Dios.

Somos como el arroyo que nace en una tierra que ha filtrado el agua que las lluvias trajeron desde el mar, arroyo que se despeña, se remansa, sigue peregrinando, procesionando, hacia su desembocadura, hacia la querencia de un Dios que lo está esperando. ¿No es ésta la metáfora más clásica sobre nuestra propia vida y la del Pueblo de Dios? "Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar a la mar", dijo el poeta. ¿No es este un bonito símbolo para explicar la mística de nuestras procesiones, que salen y vuelven a su propio templo? Nacemos de lo sagrado y volvemos a lo sagrado.

*El arroyito claro  
sigue su avance,  
por remansos y quiebras,  
campo adelante.  
Y nunca frena  
su querencia a lo hondo*



*si el Mar lo espera.*

*A mitad del camino  
del agua dulce,  
afluyen los desagües  
que nos la pudren.  
Tú, Limpia y Pura,  
sana esas podredumbres  
que el alma enturbia.*

*Muchacha nazarena  
por los caminos,  
deja que nuestros sueños  
vayan contigo.  
Y siempre sigan  
las huellas de tus pasos  
en carne viva.*

*Cantina con nosotros,  
Dulce Enfermera,  
que quien mira tus ojos  
da con la senda.  
¡Ay, caminantes,  
ved las huellas que dejan  
sus pies sangrantes!*





CONSEJO GENERAL  
DE HERMANDADES  
Y CONFRADÍAS  
DE LA CIUDAD DE SEVILLA